

María Cristina TORALES PACHECO, Tarsicio GARCÍA DÍAZ y Carmen YUSTE, *La Compañía de Comercio de Francisco Ignacio de Iraeta (1767-1797). Cinco ensayos*. México, Instituto Mexicano de Comercio Exterior, 1985, 2 vols.

El último tercio del siglo XVIII en la Nueva España fue un periodo de profundos cambios en casi todos los aspectos de la actividad humana. Fueron los años del “despertar ilustrado” que permitió que las nuevas corrientes del pensamiento europeo penetraran y se difundieran por esta antigua colonia de España. Por obra de Carlos III y de su gabinete se emprendió una profunda reforma administrativa de las colonias, tendiente a que la metrópoli lograra mejores y mayores frutos de sus vastos dominios. Paralelo a este movimiento se impulsó el estudio de las ciencias modernas con la creación del Real Seminario de Minería y del Jardín Botánico y se intentaron reformas técnicas en la minería. En el campo de las artes se difundieron las ideas neoclásicas, tan acordes con las teorías ilustradas. En fin, el tono de la vida cambia y un sano escepticismo crítico empieza a difundirse en las capas altas de la población.

Desde hace muchos años se han venido haciendo estudios acerca del desenvolvimiento económico de la Nueva España en esos cuatro decenios que precedieron al inicio de la guerra de Independencia. Se ha estudiado la expansión de la minería, su repercusión en el flujo de metales preciosos a Europa y la revolución en los precios que esto provocó; se han analizado las crisis agrícolas y sus efectos en la economía local; se han investigado los efectos del libre comercio en la economía novohispana en general y en los consulados de comerciantes en particular, y se ha intentado esbozar el primitivo desarrollo de la industria local. Sin embargo, una pregunta nos asalta siempre al recorrer las páginas de esos estudios muchas veces bien documentados. Esa pregunta es: ¿en qué medida las transformaciones económicas reflejan en sus impulsores una mentalidad ilustrada paralela a la que vemos en los campos de la administración pública, las ciencias, las técnicas, las artes o el modo de vida?, o dicho de otra manera, ¿los protagonistas del crecimiento económico del último tercio del siglo XVIII revelan en sus actividades financieras y humanas un pensamiento moderno o ilustrado? Y si lo revelan ¿cómo se puso de manifiesto?

La presente obra debida a la labor conjunta de los profesores Cristina Torales, Tarsicio García, Carmen Yuste y un numeroso grupo de investigadores, en torno a la figura de Francisco Ignacio

de Yraeta, responde a esa pregunta que por largo tiempo había quedado sin respuesta. Con base en una impresionante masa de datos han hecho no sólo un perfil del personaje sino, bien visto, un cuadro de la vida económica novohispana a finales del siglo XVIII, mostrándonos cómo la Ilustración penetró indiscriminadamente aun en los proverbiales bastiones del conservadurismo, tales como el cuerpo de comerciantes de México, muchos de los cuales, Yraeta entre ellos, son figuras relevantes, aunque hasta hoy casi desconocidas, del Siglo de las Luces novohispano.

Este grupo de historiadores contó para su investigación con un acervo documental insólito en nuestro medio histórico: los archivos particulares de un destacado comerciante novohispano. Como se sabe, la mayor parte de este tipo de documentos se han perdido, de ahí su valor. Además, complementó sus pesquisas con datos recogidos en otros archivos mexicanos como el General de la Nación, el del Ayuntamiento de la Ciudad de México, el de Notarías, y extranjeros como el de Indias en Sevilla. El resultado obtenido no deja de ser de gran interés para el estudio de la Nueva España. En efecto, a partir de los documentos contables y espistolares, que se complementan admirablemente, vemos renacer a los protagonistas de una vasta empresa comercial cuyo principal actor es el típico emigrante peninsular de origen vasco, quien después de una larga estadía en Filipinas pasó a la Nueva España donde por un afortunado enlace matrimonial entró en posesión de una fortuna, misma que le sirvió de base para una empresa comercial ultramarina de grandes alcances.

Las diversas secciones del libro nos retratan este proceso: los vínculos familiares, de amistad y de compadrazgo de Yraeta, la consolidación de su empresa concebida dentro de los lineamientos de una compañía moderna de exportación e importación, la apertura de mercados y la articulación y desarrollo de los mismos. A este último aspecto está dedicada buena parte de la obra, y una de las aportaciones más importantes de la investigación es la de habernos mostrado cómo “el sistema de negociaciones comerciales mediante corresponsales permitió la interrelación de las economías locales y regionales con la de la capital novohispana que, a su vez, estaba integrada al sistema económico mundial a través del mercado de exportación e importación”.

La habilidad política de Yraeta se puso de manifiesto en esta labor ya que el establecer alianzas y emprender operaciones de comercio con los integrantes de la administración novohispana y con los grupos urbanos monopolizadores de los intereses económicos,

en suma, con la oligarquía política y mercantil, garantizó a su empresa un auge y un futuro notables y que de hecho incursionaba directa o indirectamente en todas las actividades económicas de la Nueva España: agricultura, minería e industria. Al acceder Yraeta a puestos directivos en el Ayuntamiento y en el Consulado pudo defender eficazmente los intereses económicos de los grupos de criollos y peninsulares amenazados por las medidas reformistas emprendidas por la Corona para desarticular los poderosos monopolios comerciales de sus colonias americanas. Frente a esta amenaza supo atraer recursos de diversas fuentes financieras, entre las que destacan las cofradías, y diversificar sus inversiones. Su red comercial le permitió captar parte de la producción de las comunidades indígenas, los productos agrícolas de las haciendas del norte, así como la producción de grano y azúcar de las plantaciones del sur, artículos todos de buena comercialización internacional.

Por otro lado sus excedentes financieros los destinó a empresas apoyadas por la Corona española. Fue el principal accionista novohispano de la Real Compañía de Filipinas y apoderado de la misma, lo que garantizaba una buena distribución de los artículos provenientes del Oriente. Además, invirtió gruesos caudales en empresas mineras a través del Tribunal de Minería y organizó una compañía agrícola destinada a la producción de azúcar. En resumen, como asienta la maestra Torales después de un minucioso análisis de los estados de pérdidas y ganancias de las empresas de Yraeta, éste logró casi duplicar su capital financiero en poco menos de 30 años, lo que para la época era sin duda un resultado más que satisfactorio.

Si alguna conclusión puede sacarse de la lectura de estos cinco valiosos ensayos, es la de que deben de volver a plantearse algunos viejos problemas de la historia económica colonial de los tres o cuatro decenios anteriores a la Independencia, concretamente los referentes a los efectos del libre comercio en el reordenamiento de las fuerzas económicas del virreinato, la estructura social de la oligarquía mercantil peninsular y sus vínculos con los criollos, el papel político de los comerciantes españoles y la influencia de sus descendientes criollos en el complejo proceso que llevó a la Independencia.

A principios del siglo XIX un perspicaz observador de la realidad mexicana, el barón de Humboldt, señaló el papel preponderante de la oligarquía mercantil novohispana en las decisiones políticas que afectaban a la colonia. Indicó cómo la libertad de comercio había hecho que estos poderosos grupos diversificaran sus inversiones locales, de tal forma que en menos de diez años, a par-

tir del célebre decreto de Carlos III, su presencia en la minería, la industria y el campo era de fuerte peso. A ningunas otras causas atribuyó el científico alemán el auge económico del virreinato en los últimos años del siglo XVIII, y la formación de una nueva clase social, de la cual Yraeta y sus sucesores bien pueden servir de modelo. Esta nueva clase, criolla en la segunda generación, no fue capaz de mantener separados sus intereses comerciales y el amor a su patria. La vieja tradición criolla de arraigo a lo propio fermentó activamente en esos grupos de fuertes recursos económicos, de tal forma que no es extraño encontrarnos a uno de los descendientes de Yraeta como signatario del Acta de Independencia de México.

Existe, en efecto, un grupo oligárquico criollo que no comulgó con el ideario de Hidalgo pero que sí apoyó —y esto dista mucho de ser casual— las tentativas emancipadoras de Iturbide. Este grupo criollo tuvo sus orígenes en esa renovada burguesía comercial del último tercio del siglo XVIII, beneficiaria en parte de las reformas de Carlos III, que supo adaptarse a los nuevos tiempos y cuya mentalidad comercial revela ya los efectos de la Ilustración. Mucho queda por hacer para conocer a los personajes de ese grupo, y la tarea no es fácil, por la carencia de fuentes y por el replanteamiento que exige de muchas de las hipótesis tradicionales acerca de la naturaleza, poder y actividades de la burguesía comercial de fines del XVIII. Pero sean cuales fueren las nuevas investigaciones por venir es evidente que la obra que hoy aquí se presenta abre nuevas e interesantes perspectivas que los estudios posteriores deberán tener en consideración.

Elías TRABULSE
El Colegio de México

Cheryl English MARTIN, *Rural Society in Colonial Morelos*. Albuquerque, University of New Mexico Press, 1985, 255 pp., bibl., gráficas, mapas e índice analítico.

Los zapatistas llevaban buena parte de su razón metida en un moral: pliegos, folios; los títulos y mapas más que centenarios constituían el fundamento mismo de la demanda. Womack piensa que los títulos eran algo “casi sagrado”. No pocos han hablado sobre las profundas raíces del movimiento zapatista; algunos en un ro-